

Kalpana Swaminathan

El caso de la Madonna Sixtina
La tercera investigación
de la detective india Lalli

Traducción del inglés
de Dora Sales

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

1

Siempre he sabido que me caería un muerto algún día, probablemente la primera semana de octubre.

Todos los años, el 1 de octubre, Lalli desaparece. No deja dirección, ni número de teléfono, nunca llama. Está de vuelta, con puntualidad, la mañana del 8. Nunca explica nada y, por supuesto, yo no pregunto. Esta desaparición anual es lo único previsible respecto a mi tía.

Igual de previsible que el cadáver que aparece a mediados de semana. Hasta el momento nunca me había preocupado. Savio lo sorteaba. Yo observo desde la barrera, tomo notas y espero a que Lalli regrese y arregle el desorden.

Llevo viviendo aquí tres años y siempre ha sido así. El primer año apenas me di cuenta. Lo mantuvieron alejado de mí, sintiendo la necesidad de protegerme de un apuro tan indecente, cuando los cadáveres de Ardeshir Villa apenas se habían enfriado. No supe los detalles hasta que terminó todo, pero el escándalo del metro todavía hace que me estremezca cada vez que se menciona.

El octubre siguiente pilló al inspector de policía corriendo a esconderse mientras grupos feministas aulla-

ban reclamando su sangre por el conocido caso del *Ladies' Special*¹. Seis mujeres que iban de casa al trabajo fueron halladas muertas en el *Ladies' Special* de las 5:35 desde Churchgate... tres martes consecutivos. Nunca vi a Lalli tan desconcertada. ¿Lo habría resuelto si no hubiésemos descubierto aquel póster en el compartimento?

El año pasado tuvimos el trágico asesinato de Almyra. Todavía se recuerda que todos los adolescentes de la ciudad fueron acusados hasta que Lalli reveló, de forma muy literal, el esqueleto de la verdad.

Tuve suerte durante tres octubres seguidos, pero este año Savio también se había largado. Cuando Savio se va, es para acercarse o alejarse de una chica, y no investigar. Lalli sufre sus romances, yo no. Él tiene su vida, yo la mía.

Cuando Lalli se fue, estaba feliz trabajando en mi libro sobre las cloacas de Bombay. Del 1 al 5, no me importó el mundo en absoluto. Cuando el cadáver anual apareciese, sólo esperaba que no lo hiciera delante de nuestra puerta.

No fue así.

La mañana del 5 de octubre transcurrió como de costumbre: calurosa, apresurada y frustrante. Era miércoles, lo que significaba que volvería a casa a mediodía, para que mi vida real, la que cuenta, pudiese comenzar de verdad.

Entonces, a las doce y media, recién duchada y re-

¹ En diversos países, como por ejemplo India o Japón, existen trenes o vagones, así como autobuses, sólo para mujeres. El *Ladies' Special* es un tren completo de estas características, que circula a diario por la ciudad de Bombay. (N. de la T.)

frescada al fin, con una camiseta ligera y una falda domesticada y suave por los lavados, me preparé una taza grande de café, deslicé una hoja blanca y nueva de Executive Bond en la máquina de escribir... y entonces, por supuesto, sonó el timbre.

Era Ramona, angustiada. Blandió una lata abollada de insecticida delante de mi cara y exigió un abrelatas. Tras media vida viviendo en residencias de estudiantes reconozco a alguien a quien han plantado cuando lo veo. (¿Por qué el veneno para bichos siempre parece ser el pegamento adecuado para un corazón roto? Apesta, sabe horrible y mata antes de que quien te ha plantado esté listo para postrarse.)

La hice entrar a rastras. Sí había un abrelatas en el cajón de la cocina, pero creo que una buena comida es mucho más estimulante que el suicidio.

Para cuando estuvo alimentada, duchada y dormida en mi cama, pasaban de las dos. Tardé otros diez minutos en quitar de en medio los objetos afilados, pañuelos, cinturones y otras potenciales ayudas para el suicidio.

A las dos y media arrugué el papel que languidecía en la máquina de escribir, tiré el café espesado, volví con una botella de agua helada y estaba cogiendo una hoja nueva cuando sonó mi móvil.

Lo dejé sonar.

Habría terminado parando si lo dejaba estar. No lo hice.

Contesté.

Era Sitara.

Apenas reconocí su voz, era muy tenue.

–¡Oh, gracias a Dios que estás ahí! Por favor, por favor, ven...

–Sitara, ¿qué pasa?

–Yo... no lo sé, sólo ven deprisa. Por favor... –su voz se fue apagando.

Esperé.

–Creo que voy a morir –dijo después con espantosa nitidez.

Y así fue como me cayó el cadáver anual.

Media hora después estaba en un piso vacío, sola con un extraño que había sido asesinado muy poco antes, y de forma muy violenta.